

# Algunas palabras sobre la poesía de Javier de Bengoechea

por Eusebio Abásolo

*La poesía se distingue de la prosa en que las palabras no llegan al margen.*

**Jeremy Bentham**

“Los himnos de Hölderlin se guardaban durante la guerra en la mochila como los instrumentos de limpieza”, ha escrito Martín Heidigger, para añadir a continuación: “Los cuartetos de Beethoven yacen en los anaqueles de las editoriales como las patatas en la bodega. Todas las obras tienen ese carácter de cosa”.

Esa poesía que estrechamos entre los dedos como un trozo de tierra fulgurante, ese papel algo más que papel, aparece aún más terrestre, más cosa, en aquellos poetas que, sin dejar de abrir la puerta al misterio, se aferran a realidades tocables, desde las que dan el salto mortal que toda empresa poética conlleva.

Javier de Bengoechea es de aquellos que, reclamados por la poesía, han “escrito a cada instante” sobre muchas evidencias, todas ellas telúricas y visibles, desde el toro-totem hasta la materia que hierve en las obras-cosas de los grandes maestros de la pintura y, sin otro título que el de lector, aunque antiguo y fervoroso, y respetando el grado cero de la escritura, me aproximo a sus versos con la naturalidad con que los contemporáneos de Berceo se aproximaban a los suyos y oían “hablar a su vecino”. En mi heidiggeriana mochila, junto a la maquinilla eléctrica y la necesaria brújula, caben densos minotauros de oro y desnudos bajando escaleras certisimas.

Nuestro poeta no se ha limitado al soneto; pero es, cultivándolo, donde ha dado lo mejor de sí, encarcelándose en él y aceptando el dogal del número y de la medida, para, como todos los grandes sonetistas, huir de los que Jean Moreas llamaba “l'amoncellement et le brouhaha”, y conseguir, a través de catorce versos, el ideal de Dante Gabriel Rossetti: el monumento de un momento, (A sonnet is a moment's monument). Pues esa momentánea austeridad que nos ofrecen unos pocos endecasílabos es, a la vez, freno y acicate y en ella caben concepciones del mundo y anatomías de la rosa.

No es poeta maldito, pero tampoco bendito; es culto, más no culterano, y, tras la sonrisa del discreto, amigo de los segundos planos que mañana serán los primeros. Cree que la poesía es rito en el que se conjugan gravedad y juego, una información sobre la vida en la que se trata de decir las cosas de la forma más concisa, con brevedad que, en los mejores momentos, puede, y así se desea, ser estremecedora, pues todo poeta intenta decir lo que dice de tal manera que nadie sea capaz de olvidarlo.

Sabe de toros y de pintura más que la mayoría de los mortales, pues a toros y a pintura se ha dedicado críticamente a lo largo de su vida. Pero no por ello es poeta, pues hay quienes saben de toros y de pintura y no lo son, sino por haber sido llamado a transfigurarlos en poesía, para poetizarlos, ejerciendo lo que el autor de “Hiperión” llamaba la más inocente de las ocupaciones.

No voy a remontarme a los dos primeros libros de Bengoechea. *Habitada claridad* (1950) y *Hombre en forma de elegía* (1955), que merecieron, respectivamente, un Accesit y el Premio del Adonais. Me limitaré a sus dos últimos libros publicados: *Fiesta Nacional* y *Pinturas y Escrituras*.

textos seleccionados



En *Fiesta Nacional*, los recuerdos de la Guerra Civil y la tensión intelectual y social de las dos Españas son clavados en el cartel que anuncia nuestro sentir dolorido Bengoechea. primer y admirado lector de los poemas de “Ángel fieramente Humano” y “Redoble de conciencia”, comparte con su amigo Blas de Otero el dolor de una España “corneada por nosotros”. Ya no somos lobos hobbesianos, a veces diplomáticamente astutos, sino que “Miura es el hombre para el hombre, Miura” y

*Lo importante es clavarle los pitones/ de poder a poder al enemigo.*

El hombre, desolado, se hace las eternas preguntas en una plaza espectral en la que “horroroso es el patio de cuadrillas”

*¿Quién colocó tan lejos las barreras?/ ¿Para qué cambiarían los terrenos?/  
¿Quién pondría mi nombre en los carteles?/ Y una paloma kafkiana reflexiona:/  
Salí de la Biblia,/ no he encontrado el Arca.*

Pero no todos los Oficios pueden ser de tinieblas y, cumplido el último tercio, el poeta se atreve a descorrer la noche y a regar, con sus lágrimas, la esperanza.

En cuanto a *Pinturas y escrituras* se trata de un fascinante paseo por las alamedas del Arte, siquiera en algunos pocos poemas ese Arte sea el de la Poesía, que coloca a Javier junto a Manuel Machado y Rafael Alberti y sus particulares Museos. Unos versos mágicos nos sitúan ante los grandes maestros, con precisión y elegancia, y deslumbran al lector, con un austero deslumbramiento que, al cegarle, le obliga a meditar cordialmente cada palabra.

Y así, el soneto a Paulo Ucello debe ser leído “según las leyes de las perspectivas”, y Valdés Leal nos dice:

*Mira que aquí legislan los gusanos./ Democracia total la de la muerte.*

En Vermeer se sienta a la mesa la costumbre y, ante los goyescos y bélicos horrores, el poeta se siente un “hombre raso” y se niega a ganar ninguna guerra.

Enemigo de la estentóreo y de la solemnidad, muchas veces vacía, dice:

*No a la Castilla de las grandes odas,/ de las voces en armas. Entre todas,/ con Garcilaso y con su voz me quedo.*

Un ángel de Chagall no puede con sus alas “y ha de hacer auto-stop a los aviones”, mientras el poeta habla con Marcel Duchamp. que “últimamente solo jugaba al ajedrez”, y escribe:

*Juego contigo y juego a tu manera/ al ajedrez de así me da la gana/ con una reina más republicana/ que un desnudo bajando una escalera.*

No hay ningún poema que rechine en la obra de Bengoechea que parece como tratada con un aceite que hace deslizarse a los versos casi en silencio. Silenciosos son también su talento y su vida. en la que el quehacer poético nunca es abandonado.

Su otro mundo es del Derecho como lo fue el de Giacomo de Lentino, el de Cino de Pistoia, el de Wallace Stevens. quien, a la pregunta del periodista de turno, contestó simplemente: “Soy un hombre del Derecho y vivo en Hartford. Este hecho no es ni divertido ni revelador”. Sustituyamos Hartford por Guecho y encontraremos la respuesta que daría probablemente Javier a parecida pregunta.

---

(del número de Zurgai “Algunos poetas vascos”, Julio de 1.996)